

---

## PRIMERAS INFORMACIONES

La noche del 26 de mayo de 2005, jueves, fui invitado a la tertulia de Catalunya Ràdio que dirige Gaspar Hernández, junto con Lali Vintró, ex concejala del Ayuntamiento de Barcelona por Iniciativa per Catalunya e histórica militante del PSUC, y Toni Traveria, periodista. La actualidad estaba marcada por un atentado de ETA que había hecho estallar un coche bomba en las inmediaciones de la calle Alcalá de Madrid y que había herido a treinta personas hacía dos días. El atentado volvía a colocar al gobierno de Zapatero contra las cuerdas en su visión optimista de un final dialogado. La crisis del Carmel seguía coleando. En el Parlamento catalán se discutía la posibilidad de abolir las donaciones anónimas a partidos, en relación con el famoso 3 %; el tripartito aparcaba el Plan de la Energía, y la fotografía de la corona de espinas de Maragall sobre la cabeza de Carod todavía coleaba, dando pie al debate. En la recta final del espacio comenzaron a llegar las portadas de los diarios. Eran las once de la noche. Nada novedoso. La última portada en ser comentada fue la de El Mundo. El segundo titular en importancia, motivo por el cual había estado a punto de llegar tarde al programa, era el siguiente: «Socialistas catalanes piden “socorro” al PSOE ante la deriva nacionalista de la dirección del PSC».

Hernández se percató de la relevancia del tema. En realidad la información tenía relación directa con un titular en la primera página del diario de aquel mismo día, que decía: «Intelectuales catalanes crean una plataforma contra la uniformidad nacionalista». No dudó en preguntarme: ¿Qué intelectuales? ¿Qué plataforma? El titular del día anterior añadía: «Albert Boadella, Félix de Azúa, Eugenio Trías, entre otros, publicarán un manifiesto el 7 de junio, que podría ser la génesis de un nuevo partido». ¿Qué partido? ¿Qué relación existía con la crisis en las filas del PSC?, concluía el presentador en sus reflexiones ante el micrófono.

Debo reconocer que aproveché el estar en la emisora de máxima audiencia en Cataluña y en uno de sus programas más oídos. Era evidente que teníamos en las manos una noticia de gran importancia por sus consecuencias, como un año y medio después se demostró. Me explayé en las consideraciones de la información pensando que podían suponer un incremento de ventas en el quiosco al día siguiente. Nada que no habría hecho cualquiera de mis colegas. Intenté ser conciso y claro. Argumenté que, a partir de la carrera a la desesperada que había iniciado el socialismo catalán, y en concreto Maragall, hacia políticas nacionalistas, algunos sectores progresistas no nacionalistas comenzaban a estar hartos de que las prioridades del primer gobierno de izquierdas, después de los veintitrés años de Pujol, fueran iguales o peores que las de CiU y, que tras dieciocho meses de tripartito existía una gran sensación de impunidad ante algunas de sus políticas. La principal: la lengua. El manifiesto que estaban redactando, y querían presentar el 7 de junio, llegaba a hablar de «una especie de persecución hacia los catalanes que se expresan en castellano». El término persecución era duro, aunque estuviera matizado por la palabra «especie». Aun así, estaba argumentado por las multas

---

que se comenzaban a imponer desde la Dirección de Política Lingüística o por la obligatoriedad de tener el nivel C de catalán para impartir clases en la universidad.

A esta explicación, realizada en el estudio que da a la calle de Catalunya Ràdio, ante los ya atónitos ojos de mis contertulios, sobre todo los de Lali Vintró, le añadí un toque histórico. Recordé cómo se creo el PSC (PSC-PSOE); los tres sectores que decidieron unirse en uno. Los socialistas más catalanistas de Joan Reventós, los más cristianos de Verde Aldea y los de la Federación del PSOE, de José María Triginer. Era este último, el más ligado al socialismo español, el que estaba incómodo desde hacía tiempo, representado en 2005 por un sector guerrista, que en Cataluña seguía existiendo, y que iba en aumento.

El comentario hosco, malhumorado y contrariado de Eulàlia Vintró no se hizo esperar. Ponía en duda que eso ocurriera y se preguntaba si, en efecto, los nombres que supuestamente iban a aparecer en el manifiesto eran de intelectuales, a excepción de Eugenio Trías, aunque, según decía ella, el filósofo había entrado en una deriva extraña en los últimos años. Con sus palabras, en definitiva, dudaba de la información que al día siguiente iba a parecer en El Mundo y, de paso, me acusaba de ignorante al hablar de las familias del socialismo catalán que acababa de explicar, argumentado que ella había vivido ese momento de la historia catalana y yo no. Tenía razón en cuanto a la vivencia, es una cuestión de edad, aunque me extrañó su rápida interpretación a la contra sobre una noticia que acababa de conocer, más aún viniendo de una mujer tan reflexiva y académica en sus planteamientos. Así pues, podían pasar dos cosas: o no tenía ni idea de lo que estaba pasando en el PSC, o sospechaba que era una muy mala noticia para la izquierda catalanista. Sostengo lo primero. Tan fuerte y fuera de lugar fue el ataque verbal esgrimido por la ex concejala, que el director del programa, imparcial siempre de una forma exquisita, salió en defensa de lo obvio: sólo era la noticia de un periódico.

La información había llegado a El Mundo a través de un correo enviado a un gran listado por Horacio Vázquez-Rial, y que pudo ser por un descuido o con cierta intención. Decía el escritor que las cosas, aunque poco y mal, se movían. La carta llevaba insertado un documento enviado por militantes socialistas a la dirección del PSOE, donde se describía con preocupación el «seguidismo» de ERC que hacía el PSC y la espiral de silencio en que se había instalado el partido de Maragall. Además se adjuntaba un artículo de John Barras, director de Barcelona Business, publicado en su web.

En las dos informaciones, que habían sido firmadas por Leonor Mayor, no se explicaban estas dos cuestiones. Fueron varias las llamadas telefónicas que realizamos para cerciorarnos de lo que estaba pasando. Una de ellas fue la que nos condujo al Manifiesto de los Intelectuales Catalanes. Una iniciativa algo avanzada, trabajada desde hacía al menos un año. Extrañamente, en ninguno de los medios de comunicación catalanes había aparecido referencia alguna. Y digo extrañamente no porque dude de la capacidad de generar información propia desde nuestro diario (ampliamente demostrada a lo largo de casi dos décadas), sino porque varios de los firmantes colaboraban en otros rotativos importantes. Félix de Azúa en El Periódico, Francesc de Carreras en La Vanguardia o Arcadi Espada, aquellos días, en El País.

Sobre la carta de militantes del PSC al PSOE, hablaremos después. Centremos ahora el foco en la primera aparición pública del conocido como Manifiesto de Intelectuales Catalanes. Su objetivo era llamar la atención sobre la situación de «uniformidad nacionalista» que Cataluña vivía.

No era la primera vez que este grupo de personas se había reunido para reflexionar sobre la realidad de la sociedad catalana. Movimientos anteriores como el Foro Babel habían nacido con el convencimiento claro de presionar a los partidos con

---

representación parlamentaria, como el PSC. Otros, como Cadeca, la Asociación por la Tolerancia o España Mestiza habían surgido como movimientos de agitación cívica; como una respuesta a la obsesión nacionalista que lo impregnaba todo. Ciudadanos cansados de los continuos referentes utilizados para apelar al sentido identitario de la sociedad, tales como la nación, la lengua, las banderas... en definitiva, símbolos que estaban dejando anquilosada a Cataluña. La mayoría de ellos eran colectivos que se quejaban de la hegemonía de la lengua en la escuela, en la televisión y en la vida política, y casi todos tenían más problemas concretos que afectaban a sus vidas.

En este caso en el Manifiesto de los Intelectuales Catalanes existía una diferencia con respecto a los otros movimientos. Había la fuerte convicción de que lo que se hiciera debía sentar las bases de una nueva formación política a la izquierda del PP, al estilo de un partido radical italiano, aunque en origen pudieran existir muchos liberales. Una idea que más tarde se verbalizaría en una frase que, aún hoy, utiliza muchas veces el presidente de Ciutadans-Partido de la Ciudadanía, Albert Rivera, en aquellos días desconocedor absoluto de este movimiento: «el liberalismo progresista».

Habían pasado dieciocho meses desde la formación del tripartito, que estaba demostrando ser lo mismo que el pujolismo, aunque ahora fuera con un presidente de izquierdas y representante de un partido también español. De entre las tres fuerzas en el gobierno de la Generalitat, la más preocupante era ERC. Según los firmantes, ésta estaba logrando que una gran parte de la sociedad se sintiera perseguida por dos razones fundamentales. La primera: el incremento de multas que se estaban imponiendo desde la Dirección General de Política Lingüística de la Generalitat a comercios que rotulaban en castellano o restaurantes que tenían sus menús sólo en esa lengua, y que estaba comenzando a dar que hablar tímidamente en la calle. La segunda (y en este caso les tocaba de cerca): la obligatoriedad de ostentar el nivel C de catalán para poder impartir clases en las universidades catalanas. En este caso no se había puesto en práctica, pero comenzaba a ser un rumor a voces que ése sería uno de los puntos irrenunciables en el proyecto de Estatut que se estaba redactando.

Los nombres que aparecieron como impulsores de aquella información del 26 de mayo eran: el director teatral Albert Boadella; los escritores Félix de Azúa, Miquel Porta Perales, Xavier Pericay, Iván Tubau y Félix Ovejero; el catedrático de derecho constitucional Francesc de Carreras; el periodista Arcadi Espada y el pensador Eugenio Trías, menos involucrado en ese momento y que no llegó a firmar el primer manifiesto debido a la convalecencia de una enfermedad, ya superada.

No fue fácil saber exactamente cuál era el número concreto de intelectuales firmantes en aquellas fechas. Tanto es así que si se consulta la hemeroteca de El Mundo, el único diario que refería al pie de la letra esta información, a excepción de algún comentario en ABC, el número varía en catorce, quince, dieciséis y hasta diecisiete intelectuales firmantes. Hasta el día de la presentación en el restaurante Taxidermista de Barcelona, el 7 de junio, no quedaron las cosas claras. Allí se presentaron catorce de los quince firmantes del primer manifiesto: Félix de Azúa (escritor), Albert Boadella (director teatral), Francesc de Carreras (catedrático de derecho constitucional), Arcadi Espada (periodista), Teresa Giménez Barbat (recursos humanos), Ana Nuño (poeta y ensayista), Félix Ovejero (escritor), Félix Pérez Romera (antropólogo), Xavier Pericay (periodista), Ponç Puigdevall (poeta y crítico), José Vicente Rodríguez Mora (profesor de economía), Ferran Toutain (traductor), Carlos Trías (escritor) e Iván Tubau (profesor de periodismo). El único firmante que no asistió fue el escritor Horacio Vázquez-Rial. Muy pronto decidiría abandonar el proyecto.

La información ya formaba parte de la opinión pública. Había tardado casi un año en convertirse en noticia. Lo que ocurrió tras su publicación fue muy curioso. En primer

---

lugar, la reacción del lector. No hay periodista que no pretenda que sus informaciones generen un rápido interés entre los lectores, u oyentes en el caso de la radio. Visité hace veinte años las emisoras de radio italianas ligadas al PCI y pude observar de primera mano cómo los oyentes se movilizaban desde sus casas ante noticias de los informativos, hay que decirlo, tan dirigidos por los líderes del partido que mandaban en aquellas emisoras.

En cuanto a la movilización, algo parecido ocurrió aquella mañana. La telefonista del diario no daba abasto. Los lectores no paraban de llamar. Querían saber dónde tenían que dirigirse para saber el lugar de presentación de la plataforma. Habíamos cometido un error de apreciación. En la información se decía que el manifiesto iba a presentarse públicamente el 7 de junio y no era así. Esa reunión les serviría para presentarse en sociedad o ante la prensa, pero no ante el público en general. Eso sería más tarde.

Pero no sólo fueron llamadas telefónicas. Mi correo personal se llenó de comentarios, reflexiones y preguntas. Hacían referencia a mi Apunte del día, donde decía que cuando unos intelectuales se ponen a reflexionar y aseguran que «la hegemonía nacionalista en que vive Cataluña es política y lingüísticamente hablando excesiva», es que las cosas van muy mal para un sector de la sociedad.

Hacía mucho tiempo que una información de este tipo no tenía tanta trascendencia. Y no sólo entre los lectores. Llegaban correos de compradores de otros diarios que, además, se preguntaban por qué esa información no aparecía en el periódico que adquirirían cada día.

Recuerdo uno enviado por un joven de diecinueve años, cuatro días después de la publicación de la primera noticia. Me llamó la atención que una persona tan joven me escribiera interesándose por temas políticos. Se hacía llamar Ice Heart. En el apartado «asunto» era muy claro: nuevo partido político en Cataluña. Escribía: «Me llamo C. tengo 19 años y soy de Barcelona. Estos días en El Mundo he leído artículos sobre una posible fundación de un nuevo partido político en Cataluña. Soy votante del PP, pero por lo que parece actualmente este grupo de intelectuales son los únicos que pueden dar respuesta a las inquietudes de una buena parte de los ciudadanos de Cataluña que estamos hartos del nacionalismo excluyente que se ha instalado en la clase política catalana». Utilizaba las mismas palabras que los intelectuales. Exclusión y nacionalismo. Eran los dos términos de la mayoría de los correos. Y no sólo de los que se reconocían votantes del PP, sino también de los que eran simpatizantes del PSC. Los intelectuales habían dado en el clavo.

Después llegó el silencio del resto de los medios de comunicación. Más tarde, el sesgado comentario haciendo burla del término «intelectuales». Y aún otro más divertido, la respuesta del tripartito, que en muchos diarios llegaba a sus lectores sin haber sido informados previamente de lo que era el Manifiesto de los Intelectuales. Sin embargo, aquel primer titular y las muchas cosas que han pasado durante el último año y medio han llevado a tres ciudadanos, elegidos democráticamente, al Parlament de Catalunya.